

Antonio, Marta, Natalia y Carlos trabajaban juntos desde hacía un tiempo. El jefe de la empresa, Daniel, no era una mala persona pero, en tiempos de crisis, todos tenían que arrimar el hombro de forma que, cuando les dijo que tenían que hacer horas extraordinarias durante el fin de semana, no se sorprendieron demasiado; no era la primera vez. Por cada turno, dos días libres, lo cual no estaba mal. Porque lo que había quedado claro, desde un primer momento, es que no cobrarían ni un euro más.

Daniel salió el viernes de la oficina como alma que lleva el diablo. Allí se quedaron los cuatro compañeros, asumiendo con resignación el trabajo que se les venía encima. Empezaron a hablar de fútbol, de televisión, de cine, de todo un poco, hasta que Antonio, el jefe del grupo de programadores, empezó a repartir los turnos de trabajo, Daniel delegaba en él y siempre se encargaba de ello. Antonio y Carlos trabajarían de noche mientras que Marta y Natalia lo harían en el turno de día.

Carlos era el más joven de los tres y llevaba unos meses en la empresa. Con 23 años, acababa de terminar la carrera de Ingeniería Informática. Antonio, por el contrario, era el mayor del equipo. Tenía 40 años y era el más serio y responsable, por algo era el jefe del grupo, lo que satisfacía plenamente su alto ego. Con 37 años, Marta entró antes que Antonio en la empresa pero no era nada ambiciosa, a ella lo que le gustaba era programar, nada de liderazgo. Antes de ascender a Antonio, le ofrecieron el puesto de jefe de grupo, pero lo rechazó. Además, Marta no se podía quejar de su sueldo, la empresa pagaba bastante bien. En cuanto a Natalia, tenía la misma edad que Marta y eran muy amigas.

Antonio no era muy sociable y presentaba cambios de humor bastante bruscos. Además, tenía la manía de hablar solo y en voz alta. Los que no le conocían se sorprendían mucho con esa rareza y casi todos pensaban que estaba un poco loco. Los compañeros se divertían mucho a su costa, algunos inventaban historias sobre él, había quien pensaba que había sido abducido por un extraterrestre, incluso hubo uno que sugirió que a lo mejor era un asesino en serie con una doble vida y por eso

mostraba ese extraño comportamiento. Así, cuando llegó la hora en que las chicas ya debían haber llegado y empezó a despotricar en voz alta, Carlos no se sorprendió demasiado. Que si siempre hacían lo mismo, que si estaba harto de los retrasos, que dónde estarían metidas, que nadie se tomaba en serio el trabajo, que si ya eran todos mayorcitos.

Carlos empezó a hartarse de tanta protesta y le dijo que se marchara, que ya se quedaría él esperando. Antonio no fue fácil de convencer pero, al final, decidió irse. Le dolía un poco la cabeza y necesitaba dormir. A Carlos no le importaba quedarse solo. Además, tenía preparado un buen desayuno a base de zumos, revuelto y tostadas con mermelada. Se sirvió la tercera taza de café y respiró hondo.

Carlos comprobó que el trabajo que habían realizado durante la noche estuviera listo, el suyo y el de Antonio. Así era, el jefe había dejado la documentación ordenada encima de su mesa, todo estaba controlado. Entonces, sacó de un cajón una colección de películas en DVD, se le pasaría el tiempo más rápido viendo una película. Era un auténtico fanático del cine, le fascinaba el séptimo arte, sobre todo el género de terror. En eso coincidía con Antonio. Escogió una y la puso en el ordenador; se trataba de "El resplandor". Siempre que tenía que quedarse un fin de semana en el trabajo, buscaba la ocasión para verla. Carlos se imaginaba en el papel de Nickolson, Jack Torrance, y sentía el inquietante trastorno de personalidad del protagonista. La había visto en innumerables ocasiones, no se cansaba, y siempre captaba un nuevo detalle. Sentía que se encontraba en el lujoso hotel de montaña de Oregón y, claro está, después tenía pesadillas durante unos cuantos días. Pero no importaba, se trataba, sin duda, de una joya del cine. Antonio, por el contrario, prefería "Psicosis".

La cinta había terminado y las chicas seguían sin aparecer. Carlos decidió llamarlas al móvil; daban tono, pero ninguna de las dos lo cogía. Pensó que a Antonio no le faltaba razón, valientes compañeras tenían. Entonces, algo apareció en la pantalla del ordenador que le llamó la atención: se trataba de una pequeña ventana con un mensaje que decía: "P2, 1960 dice: Hola". Carlos se quedó muy extrañado.

¿Quién podía estar en la segunda planta durante el fin de semana? Decidió contestar: “P5, 1980 dice: Hola, quién eres?”.

“P2, 1960 dice: Carlos, ¿qué haces ahí tan solo?”. Carlos se quedó perplejo pero decidió contestar. “P5, 1980 dice: Trabajando como un pringado. ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?”. “P2, 1960 dice: ¿Dónde están tus compañeras? Parece que se han retrasado”. Carlos empezó a reírse a carcajadas. Marta y Natalia, además de llegar tarde, ahora se dedicaban a gastar bromitas. Decidió ir a buscarlas a la segunda planta. Era curioso, él había adoptado la clave 1980 porque era el año del estreno de “El resplandor” y en 1960, precisamente, se estrenó “Psicosis”. Estaba claro que había otro cinéfilo en la empresa.

Carlos se levantó y se dirigió hacia los ascensores pero, cuando iba a pulsar, decidió bajar andando porque seguro que le estarían esperando para asustarle y, de esa manera, él las pillaría por sorpresa. Al llegar a la segunda planta, no vio a sus compañeras. Se extrañó, no se oía ningún ruido. Decidió indagar en las oficinas de esa planta y abrió la puerta muy despacio; se veía la luz de un monitor encendido pero no había nadie al lado del ordenador. Un silencio inquietante lo envolvía y empezó a sentirse asustado. Había avanzado algunos metros cuando escuchó unos pasos a su espalda, se giró y lo único que pudo ver fue un bate de béisbol que le golpeó fuertemente, dejándole inconsciente. Cuando se despertó, se tocó la cabeza y notó en el pelo la sangre reseca. Estaba muy mareado. Se levantó a duras penas y comprobó que el monitor del ordenador seguía encendido pero esta vez sí que había alguien sentado enfrente. Extrañado, empezó a caminar lentamente y, cuando ya estuvo cerca, quedó paralizado: no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Se trataba de Marta y estaba muerta. Le habían clavado un hacha, el hacha del extintor de incendios. Aterrorizado, miró hacia el monitor encendido y leyó esta frase: “Lo siento, llegó tarde”.

Carlos sólo quería salir de allí. Como pudo, llegó hasta los ascensores, pulsando a puñetazos, presa del pánico. Cuando la puerta se abrió apareció Antonio.

Carlos apenas podía articular las palabras, que salían a borbotones de su boca: “Han asesinado a Marta, hay que salir de aquí”. Antonio, tranquilo y relajado, agarró a Carlos por los hombros y, mirándole fijamente a los ojos, le dijo: “¿Qué han matado a Marta? Habrá sido por llegar tarde. Ella se lo ha buscado”.

Una expresión de horror apareció en el rostro de Carlos. Con un rápido movimiento, su jefe sacó un cuchillo del bolsillo de la chaqueta y empezó a apuñalarlo. Lo último que oyó fue la risa enloquecida de Antonio que, tranquilamente, pulsó el botón con el número 5. Carlos no tendría que haber estado allí.

Salió del ascensor y empezó a andar hacia sus oficinas. Natalia había llegado y ya había encendido su ordenador. Se volvió al oír los pasos de Antonio. Estaba sudando y muy acalorada. Empezó a explicar por qué había llegado tan tarde, enumerando mil y una excusas.

-Lo siento, Antonio, no volverá a pasar. Lo que no sé es dónde está Marta, no contacto con ella. Pero seguro que tiene una buena explicación.

Antonio le sonrió y se dirigió hacia su mesa de trabajo. Sí, seguro que Marta tenía una buena explicación. Y también estaba seguro de que ni ella ni Natalia volverían a llegar tarde.